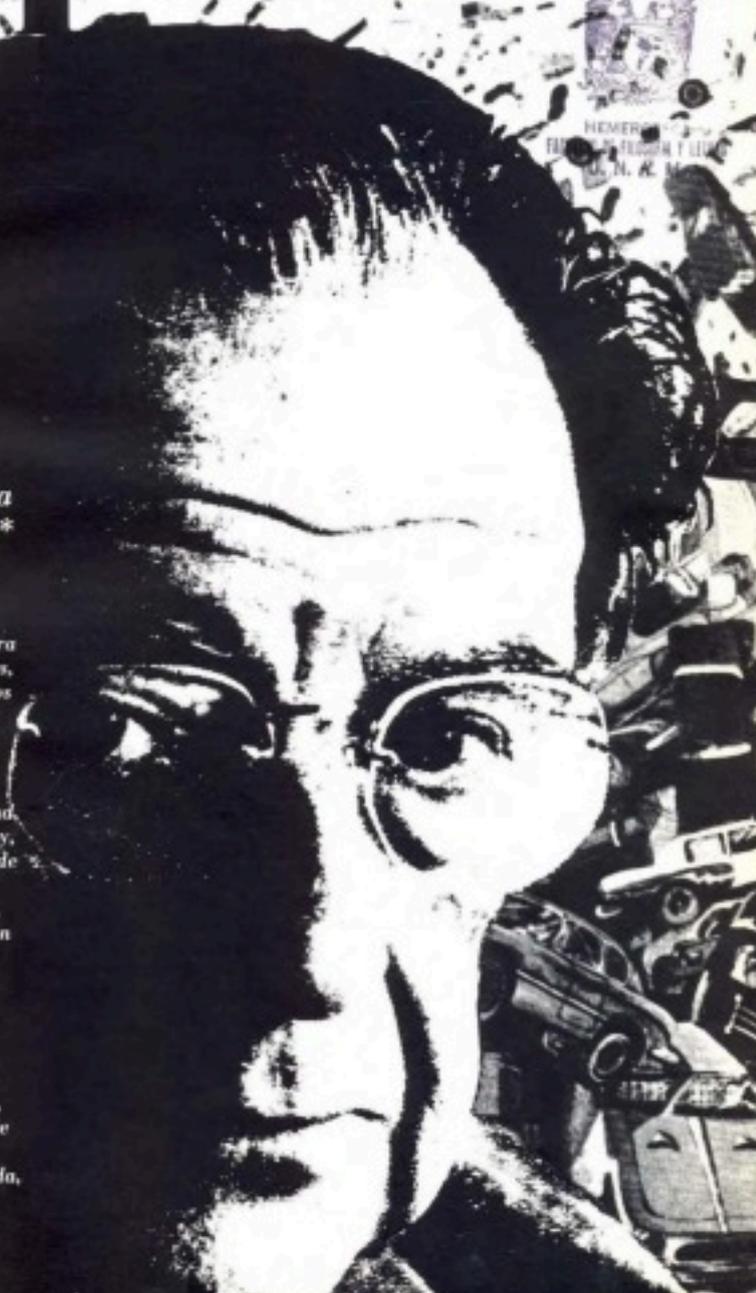


Perspectiva

*Nuestra forma de vida nos hace desdichados**

Erich Fromm

La mayoría de los norteamericanos cree que nuestra sociedad de consumidores felices, amantes de diversiones y viajeros en "jet" proporciona la máxima felicidad a la inmensa mayoría. Por el contrario, yo creo que nuestra actual forma de vida conduce a una creciente ansiedad, a una desamparada impotencia y, finalmente, a la desintegración de nuestra cultura. Rehusó identificar diversión con placer, excitación con alegría, ocupación con felicidad, así como al "hombre-organización" indiferente y anodino, con el individuo independiente. Desde este aspecto crítico, nuestros porcentajes de alcoholismo, suicidio y divorcio, delincuencia juvenil, sistemas de "gang", actos de violencia y la indiferencia general hacia la vida, son síntomas característicos de nuestra "patología de la normalidad". (continúa p. 17)



Perspectiva



HEMEROTECA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
U. N. A. M.

Nuestra forma de vida nos hace desdichados*

Erich Fromm

La mayoría de los norteamericanos cree que nuestra sociedad de consumidores felices, amantes de diversiones y viajeros en "jet" proporciona la máxima felicidad a la inmensa mayoría. Por el contrario, yo creo que nuestra actual forma de vida conduce a una creciente ansiedad, a una desamparada impotencia y, finalmente, a la desintegración de nuestra cultura. Rehusó identificar diversión con placer, excitación con alegría, ocupación con felicidad, así como al "hombre-organización" indiferente y anodino, con el individuo independiente. Desde este aspecto crítico, nuestros porcentajes de alcoholismo, suicidio y divorcio, delincuencia juvenil, sistemas de "gang", actos de violencia y la indiferencia general hacia la vida, son síntomas característicos de nuestra "patología de la normalidad". (continúa p. 1)







Pudiera replicarse que tales fenómenos patológicos existen porque todavía no hemos alcanzado nuestro objetivo: la sociedad opulenta. (En 1962, casi un tercio de la población ganaba menos de 4,000 dólares anuales por familia.) Pero el progreso material alcanzado en las últimas décadas nos permite confiar en que nuestro sistema produzca, con el tiempo, una sociedad materialmente opulenta. Sin embargo, ¿seremos entonces más felices? El ejemplo de Suecia, uno de los países más prósperos, democráticos y pacíficos, no es muy estimulante; Suecia, como se ha observado a menudo a pesar de todas sus seguridades materiales ostenta el porcentaje más elevado de suicidios y alcoholismo de Europa, en tanto que un país mucho más pobre, como es Irlanda, ofrece el índice más bajo a este respecto. ¿No se deberá esto a que nuestro sueño de bienestar material *per se* no conduce a la felicidad, sino que es sólo eso, un sueño, una ilusión?

Los filósofos humanistas de los siglos XVIII y XIX, nuestros antecesores ideológicos, opinaban, ciertamente, que la finalidad de la vida radicaba en el pleno desarrollo de las potencialidades de la persona; lo importante era la persona que *es* mucho, no la que *tiene* mucho o *consume* mucho. Para ellos, la producción económica era un medio para el desarrollo del hombre, no un fin. Hoy, al parecer, los medios se han convertido en fines, y no sólo "Dios ha muerto", como dijo Nietzsche en el siglo XIX, sino que también ha muerto el hombre. Lo que vive son las organizaciones, las máquinas: el hombre se ha convertido en un esclavo de ellas, en lugar de ser su dueño.

Cada sociedad crea su tipo de personalidad, de acuerdo con su manera de educar a los hijos dentro de la familia, sus sistemas de enseñanza, sus valores efectivos, es decir, aquellos valores que se recompensan y no los que solamente se predicán. Cada sociedad crea el tipo de "carácter social" que necesita para su adecuado funcionamiento. Forma hombres que *quieren* hacer lo que *tienen* que hacer. ¿Qué clase de hombres necesita nuestro burocratizado industrialismo a gran escala?

Necesita hombres que cooperen dócilmente en grandes grupos, que quieran consumir cada vez más y cuyos gustos standarizados puedan orien-

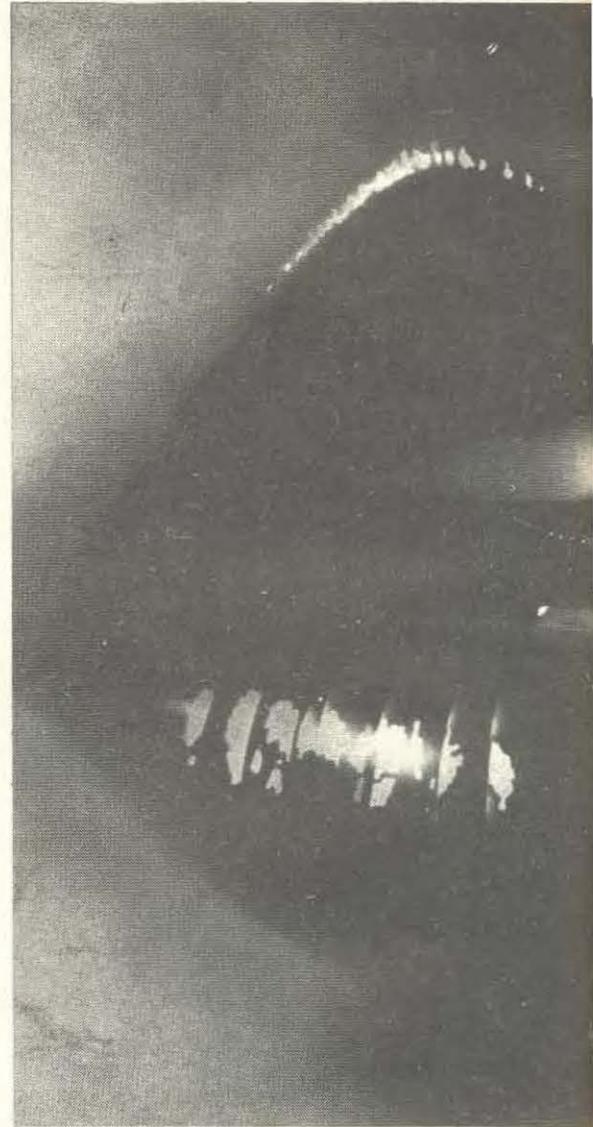


tarse y anticiparse fácilmente. Necesita hombres que se sientan libres e independientes pero que sin embargo estén deseosos de ser dirigidos, de hacer lo que se espera de ellos, encajar dentro de la maquinaria social sin fricciones; hombres que puedan ser guiados sin coacción, dirigidos sin director, impulsados sin más objetivo que el de estar en movimiento, funcionar, ir adelante.

El moderno industrialismo ha obtenido un rotundo éxito en la producción de este tipo de hombre. Es el hombre "alienado". Está alienado en el sentido de que sus actos y sus propias fuerzas han llegado a enajenarse de él; están por encima y contra él; le gobiernan en vez de ser gobernadas. Sus fuerzas vitales han sido transformadas en cosas e instituciones que han llegado a convertirse en ídolos. Son algo aparte de él, algo que idolatra y a lo que se somete. El hombre alienado se inclina ante las obras de sus propias manos. Se considera a sí mismo no como el portador activo de sus propias fuerzas y bienes, sino como una "cosa" empobrecida y dependiente de otras cosas que le son ajenas. Es el prisionero de las circunstancias económicas y políticas que él mismo ha creado.

Puesto que nuestra organización económica se basa en un consumo sostenido y en constante crecimiento (piénsese en la amenaza que representaría para nuestra economía el que la gente no comprara un coche nuevo sino cuando el viejo estuviera realmente anticuado), al hombre industrial contemporáneo se le incita a convertirse en un "ansioso por consumir", en un "loco por el consumo". Sin el menor placer auténtico consume bebida, alimentos, cigarrillos, espectáculos, conferencias, libros, películas, televisión, cualquier nuevo artificio que surja. El mundo se ha convertido en un inmenso seno materno, y el hombre en un eterno lactante, siempre ansioso y siempre decepcionado.

El sexo es ahora uno de los principales objetos de consumo. Nuestros quioscos rebosan de revistas "sexy"; los porcentajes de chicas que tienen



relaciones sexuales premaritales y de madres solteras alcanzan una cifra exorbitante. Pudiera argüirse que todo ello representa una necesaria emancipación de la moralidad victoriana, que es una saludable afirmación de independencia, que refleja el principio freudiano de que la represión puede producir neurosis. Si bien estos argumentos son verdaderos hasta cierto punto, omiten un aspecto principal. Ni la independencia ni el principio freudiano constituyen la causa principal de nuestra actual libertad sexual. Nuestras costumbres sexuales son parte integrante de nuestro "culto al consumo", cuyo principio primordial fue ya sucintamente expuesto por Aldous Huxley en *Brave New World* ("Un mundo feliz"): "Nunca dejes para mañana el placer que puedas tener



Ilustraciones:
Philip Castle

nistas se han convertido en marionetas económicas que bailan al son de máquinas automáticas bajo dirección burocrática.

El obrero y el empleado se sienten angustiados no solamente ante el temor de verse sin empleo (y con los plazos de sus compras vencidos): también lo están porque se ven incapaces de sentir la menor satisfacción real o interés por la vida. Viven y mueren sin haberse enfrentado a las realidades fundamentales de la existencia humana, como seres humanos auténticos e independientes, emocional e intelectualmente productivos.

No menos angustiados se sienten aquellos que están situados en los estadios más elevados de la escala social. Sus vidas no están menos vacías que las de sus subordinados. Incluso se sienten más inseguros en algunos aspectos. Están participando en una carrera sumamente competitiva. Adelantar o quedarse rezagado ya no es sólo cuestión de salario sino, más aún, de amor propio. Cuando solicitan su primer empleo, se les somete a un "test" de inteligencia y a ciertas pruebas que indican si poseen la mezcla adecuada de sumisión e independencia. A partir de ese momento, son examinados una y otra vez: por los psicólogos, para quienes los "tests" constituyen un gran negocio, y por sus superiores, que juzgan su comportamiento, su sociabilidad, su capacidad para salir adelante, etcétera. Esta constante necesidad de demostrar que uno es tan bueno o mejor que el competidor crea una angustia creciente y una tensión que son causa fundamental de desdichas y enfermedades psicósomáticas.

El "hombre-organización", por muy bien alimentado y lubricado que esté, y aunque disfrute de las diversiones adecuadas, puede, sin embargo, carecer de un sentimiento de identidad, porque ninguna de sus sensaciones o pensamientos brotan de sí mismo, ninguno es auténtico. Carece de convicciones, lo mismo en política que en religión, filosofía o amor. Se siente atraído por el "último modelo" en ideas, arte y modas, y vive bajo la

hoy." La naturaleza ha dotado a hombres y mujeres con la capacidad de excitación sexual; pero la excitación producida por el consumo —sexo o cualquier otra mercancía— no es lo mismo que vitalidad y riqueza de experiencias.

En general, nuestra sociedad está convirtiéndose en una empresa mastodóntica dirigida por una burocracia gigantesca, dentro de cuya maquinaria el hombre es sólo una minúscula y bien engrasada ruedecilla. Se le lubrica con salarios elevados, márgenes de beneficios, fábricas bien ventiladas, música ambiental, psicólogos y expertos en "relaciones humanas"; pero, a pesar de tanta lubricación, el hombre se ha vuelto impotente, ineficaz, y no participa auténticamente en su trabajo porque está hastiado de él. En realidad, los obreros y ofici-



ilusión ficticia de que los pensamientos y las sensaciones que ha adquirido escuchando todos los medios de comunicación de masas son suyos, originales.

Siente un nostálgico anhelo por una vida de individualismo, de iniciativa propia, de justicia, y satisface este anhelo viendo una película del Oeste. *Pero estos valores han desaparecido de la vida real en un mundo de corporaciones gigantescas, de gigantescas burocracias estatales y militares y gigantescos sindicatos obreros.* El, individuo, se siente tan ínfimo ante estos gigantes que solamente ve un modo de escapar a esa sensación de absoluta insignificancia: identificándose con los gigantes e idolatrándolos como a los verdaderos representantes de sus propias potencias humanas, de las cuales él mismo se ha desposeído. Su esfuerzo por escapar de la angustia toma también otras formas. Su satisfacción ante una nevera bien provista bien pudiera ser una forma inconsciente de tranquilizarse, de sentirse seguro. Su pasión por el consumo —desde televisión a sexo— es también otro síntoma: los psiquiatras encuentran a menudo este mecanismo en pacientes angustiados, que buscan, en una orgía de compras o comida, la forma de evadirse de sus problemas.

El hombre cuya vida se concentra en producir, vender y consumir artículos, se transforma a sí mismo en una mercancía. Llega a sentirse cada vez más atraído por todo lo mecánico o hecho por el hombre, más que por lo natural u orgánico. Muchos hombres se sienten más interesados por los coches deportivos que por la mujer, o tratan a las mujeres como si fueran coches, que pueden ponerse en marcha apretando el botón adecuado. Al mismo tiempo, creen que también la felicidad es una cuestión de encontrar *el botón apropiado*, y no el resultado de una vida rica, creativa, una vida que requiere esfuerzos y comporta sus riesgos. En busca de aquel botón, unos acuden al psicoanalista, otros a la iglesia; algunos leen libros de "ayúdese a sí mismo". Pero, puesto que es imposible



hallar ese botón que proporciona la felicidad, casi todos se dan por satisfechos con apretar los de sus cámaras fotográficas, radios y televisores, contemplando cómo la ciencia-ficción se convierte en realidad.

Uno de los aspectos más extraños de esta mecánica forma de vida es la generalizada despreocupación que existe acerca del peligro de destrucción total por las armas nucleares, aunque la gente está perfectamente enterada de esa posibilidad. La explicación, creo, es que se sienten más orgullosos que atemorizados por todos los artefactos de destrucción masiva. Además, temen de tal forma a todo fallo o humillación personal, que su angustia por los asuntos privados posterga la ansiedad por el peligro de que todo y todos puedan ser destrui-



zón — sean los objetivos de toda ordenación social. Producción y consumo servirían solamente como medios para este fin, y se debería impedir que dirigieran al hombre.

Ilustraciones:
Philip Castle

Una Nueva Clase de Hombres

Para poder alcanzar esta meta necesitamos un *Renacimiento del Conocimiento y del Humanismo*. Este conocimiento debería ser, sin embargo, más radicalmente realista y crítico que el de los siglos *XI II* y *XI III*. Hablo de un Humanismo orientado hacia el pleno desenvolvimiento del hombre total, no del hombre artificio ni del hombre consumidor o del hombre organización. *El objetivo de una sociedad humanista sería un hombre que ame la vida, que tenga fe en ella, que sea productivo e independiente. Tal transformación será posible si admitimos que nuestra actual forma de vida nos vuelve estériles y destruye, a la larga, la vitalidad necesaria para sobrevivir.*

Que tal transformación sea posible ya es otro cantar. Pero no seremos capaces de llevarla a cabo con éxito mientras no veamos la alternativa con claridad y nos demos cuenta de que la elección está aún en nuestras manos. El primer paso hacia el cambio es la insatisfacción con nuestro modo de vida. Respecto a estos cambios, una cosa es evidente: deben tener lugar simultáneamente en todas las esferas: lo económico, lo social, lo político y lo espiritual. Un cambio restringido a una sola esfera sólo conduciría a un callejón sin salida, como ocurrió con la Revolución Francesa, puramente política, o con la Revolución Rusa, puramente económica. El hombre es producto de las circunstancias, pero las circunstancias también son producto del hombre. Este ostenta una capacidad singular que le diferencia de los demás seres vivientes: la capacidad de tener conciencia de sí mismo y de aquellas circunstancias y, en consecuencia, de proyectar y actuar conforme a su conocimiento. □

dos. Tal vez una destrucción absoluta pudiera resultar más atractiva que la inseguridad total y una inacabable angustia personal.

¿Estoy sugiriendo que el hombre moderno está sentenciado a muerte y que debiéramos regresar a los modos de producción preindustrial o al capitalismo decimonónico de "libre empresa"? Nada de eso. Los problemas no se solucionan jamás retornando a una etapa superada. Lo que sugiero es la transformación de nuestro sistema social, desde un industrialismo burocráticamente dirigido, en el cual la producción al máximo y el consumo son fines en sí mismos (en la Unión Soviética al igual que en los países capitalistas), a un industrialismo humanista en el cual el hombre y el pleno desarrollo de sus capacidades — las del amor y las de la ra-